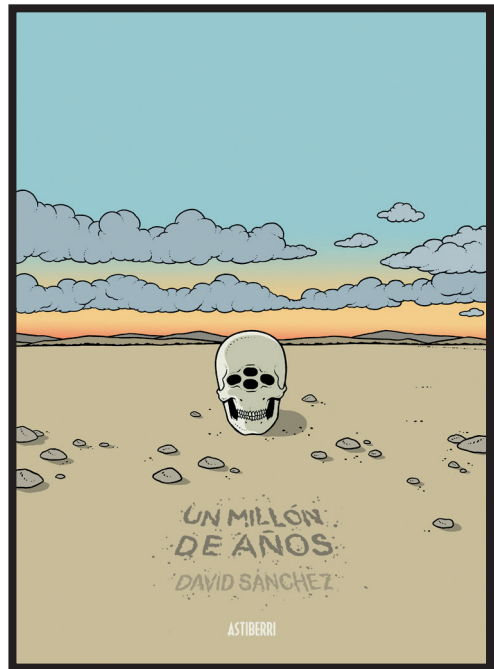

Un millón de años

DAVID SÁNCHEZ

Astiberri, 2016

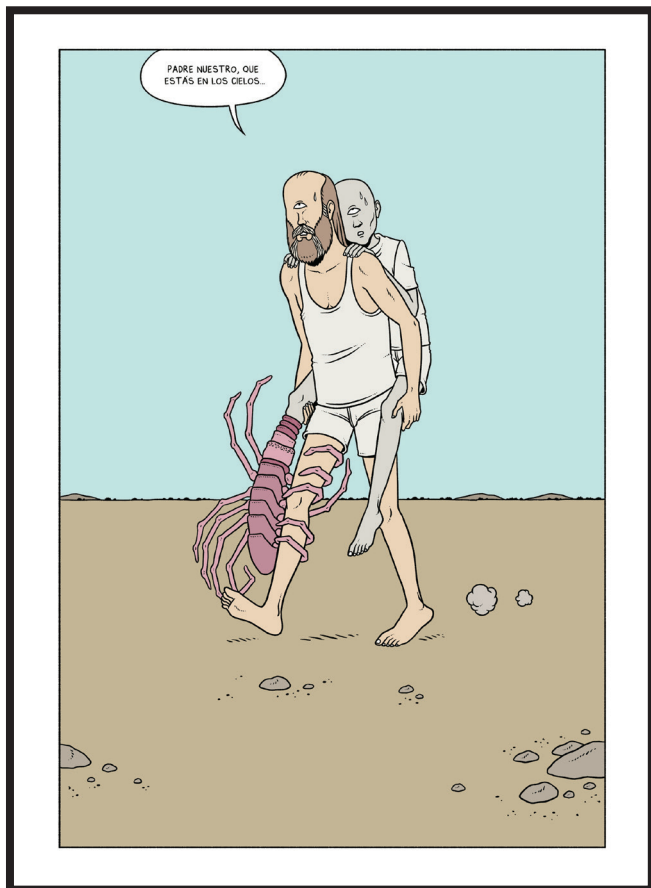
«**E**s una energía amorosa e inteligente, algo que nuestra mente jamás podrá comprender. No es una persona, ¿entiendes? No es alguien como nosotros, con una mente racional, al que podamos pedirle cosas...» Así comienza *Un millón de años*, la última obra de David Sánchez: con una conversación entre un padre y un hijo, desharrapados, flacos, ambos con un solo ojo, mientras pasan la noche en el desierto. Hablan de Dios sin darle nombre. ¿Se refieren al dios-serpiente que se manifiesta al final del libro? ¿O tal vez a una presencia más sutil, que sin forma precisa, envuelve todo, como suele hacer lo divino en las tradiciones orientales? En un momento de despiste, mientras el padre se fuma un porro, el hijo, tumbado en el suelo, grita pidiendo ayuda. Un insecto, una especie de ciempiés quitinoso ha hecho presa en su pierna, amarrándola con su boca. Cualquier intento por hacerle abrir las fauces resulta en un dolor insoportable para el crío. Igual que el bicho incubador de *Alien*, el ciempiés ha establecido una relación simbiótica con el huésped: ahora forma parte indivisible de su pierna; y, el padre, que no puede hacer nada por librarle de él, carga con el hijo a cuestas durante su travesía por el desierto.



Otros seis pasajes alucinatorios como este componen el conjunto de relatos aparentemente inconexos que ofrece *Un millón de años*; y quizá habría que subrayar la palabra «aparentemente» porque los cómics de David Sánchez plantean los mismos problemas de significación que las películas de Luis Buñuel o David Lynch. Muchas cosas que en ellas parecen arbitrarias, no lo son si se aplica una lógica diferente: la de los sueños. Si en lugar de buscar relaciones de causa y efecto en las cosas que ocurren, nos fijamos en las emociones que estas nos producen y pensamos qué es lo que significan dichas emociones para nosotros, entonces el discurso se vuelve diáfano. ¿Por qué resulta tan inquietante la imagen de un padre cargando con su hijo a través del desierto? ¿Por qué nos causa repugnancia, e incluso horror, que la pierna de alguien se haya transformado en un ciempiés que, paradójicamente, le impide moverse? Si estas imágenes significan algo para nosotros es porque hacen referencia a algo real, a algo que nos da miedo y que nos ha afectado en el pasado o en el presente.

Así es como funcionan los símbolos del inconsciente colectivo y los cómics de David Sánchez. ¿Cómo se siente el adolescente que no tiene guía o sitio a dónde ir, la persona que todavía no ha crecido y se ve forzado a depender de sus padres? Y sobre todo, ¿cómo se sienten estos últimos, al tener que cargar con una prole condenada a ser inmovilizada por insectos? Más allá de la lectura política o generacional que una imagen así pueda tener, no es muy aventurado decir que el tema que une los diferentes relatos de *Un millón de años* es la paternidad. Todos ellos, menos uno, son protagonizados por padres o madres que actúan de diversa manera al intentar proteger a sus hijos. Incluso cuando no existe una relación de paternidad, está presente el sentimiento: un hombre intenta impedir que otros dos se coman un bebé, una rana alivia el sufrimiento de su hijo durante un rito sacrificial, una matriarca profetiza el peligro que corre su hija embarazada, etcétera.

Cada historia parece un cuento mítico de moraleja imprecisa, pero todos ellos parecen apuntar hacia algo: el nacimiento de la civilización. Cuando, en un acto de justicia poética, el hombre ejecuta a los caníbales, se quita la máscara que tapa su cara y nos revela que su rostro es muy similar al de los criminales. ¿Realmente es mejor que ellos? Al fin y al cabo, los caníbales solo intentaban sobrevivir de forma más digna (y es que el resto de alimentos que proporciona el desierto tienen un sabor repulsivo). Sin embargo, él los ha matado por nada, pues una vez cometido el crimen, ¿qué sentido tiene ejecutarlos? Su muerte es



completamente inútil, pero el gesto de abrirles la cabeza de una pedrada es el gesto que inicia la civilización humana. Y es que no comerte a los miembros de tu tribu en épocas de hambruna es lo que asegura la pervivencia de los tuyos.

Toda la fuerza de *Un millón de años* viene de este tipo de mensajes subterráneos que contienen sus historias. Mensajes que, en principio, no parecen nada evidentes, pero que empiezan a hacerse más y más claros en cuanto uno se pregunta: ¿qué significado tendría esto para mí si lo hubiese soñado yo? ¿Qué sentiría al soñar algo como esto? Y es que David Sánchez sabe perfectamente cómo manejar los símbolos del inconsciente y las resonancias que estos tienen sobre nuestra psique. ¿Por qué resulta tan inquietante ver cómo un hombre cuya cabeza asoma de la arena de una playa es picoteado por

una gaviota, que se lleva su lengua y el único ojo que le queda? ¿Es porque recordamos la historia de Prometeo, encadenado a una roca mientras un águila le devora el hígado una y otra vez? ¿O es, simplemente, porque podemos entender de una forma instintiva lo que siente alguien inmovilizado a quien le van robando poco a poco todo aquello que le hace humano?

Ese es el tipo de cosas de las que hablan los cómics de David Sánchez: sentimientos arquetípicos comunes a toda la humanidad; aunque en *Un millón de años* parece ir más lejos que en otras de sus obras. Comentaba antes que todos sus pasajes tratan sobre padres y madres que intentan proteger a sus hijos, menos uno, el último, donde un acólito asesina al dios-serpiente al que parecía referirse (o no) la historia que abre el libro. Pero, matar a un dios, ¿acaso no es matar al padre? Ese es el círculo que cierra todo. Y, sin embargo, es el siguiente paso lógico de la civilización: matar a Dios creyendo que no lo necesitamos, porque nosotros mismos nos hemos convertido en una especie de divinidad. Las imágenes de Sánchez pueden ser muy crudas, pero estoy de acuerdo con Santiago García cuando dice, en la contracubierta del libro, que es nuestro autor de cómics más espiritual. Si hay algo de lo que hablan sus tebeos es de la necesidad que tenemos de esa presencia amorosa e inteligente de la que el padre le habla al hijo. Matando nuestros arquetipos, negando nuestro pensamiento irracional, matando a la serpiente, nos matamos a nosotros mismos; pues así matamos también justo aquello que nos hace humanos. Nuestros símbolos.

Un millón de años es una biblia laica cuyos libros todos están inspirados en el Apocalipsis: un relato construido con los restos espirituales de nuestra generación. Un regalo para nuestros descendientes, envenenado y, sin embargo, amoroso. Una descripción exacta de la realidad y una de las cosas más parecidas a una obra de arte que se pueden encontrar en las librerías.

ROBERTO BARTUAL

Después de una breve carrera como actor de cine (El abuelo, la condesa y Escarlata la traviesa, Jess Franco, 1994), Roberto Bartual (Alcobendas, 1976) decidió perseguir la mucho más lucrativa carrera de escritor. Co-autor de La Casa de Bernarda Alba Zombi y traductor, actualmente colabora con el colectivo Dátil (Dramáticas aventuras) y Julián Almazán como guionista en varios proyectos relacionados con el cómic. Sus relatos pueden encontrarse en las antologías Ficciones (Edaf) y Prospectivas (Salto de Página). Es editor y redactor de la sección de cómic de la revista digital Factor Crítico. Obtuvo el premio extraordinario de doctorado 2010/11 en la Universidad Autónoma de Madrid con la tesis Poética de la narración pictográfica: de la tira narrativa al cómic, y su investigación en esta área puede encontrarse en publicaciones como Studies in Comics, Journal of Scandinavian Comic Art o Revista de Arte Goya. Es autor de dos libros sobre cómic (Narraciones Gráficas y Jack Kirby. Una Odisea Psicodélica) y en octubre la editorial Cerbero publicará su primera novela: Blitzkrieg.